



“La Revolución cincuentenaria y sus historias”

p. 29-38

Álvaro Matute

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La revolución cincuentenaria y sus historias

Si se acepta que la historiografía originaria de la Revolución Mexicana es la escrita por sus protagonistas, al acercarse la celebración del primer cincuentenario del inicio del acontecimiento, la producción historiográfica protagónica mermaba para ir cediendo su lugar a una nueva generación de historiadores, los cuales si bien habían sido contemporáneos a los sucesos, no habían tenido una participación activa en el primer plano de los hechos. Eran demasiado jóvenes cuando ocurrieron los principales acontecimientos, por lo que resultaron ser más testigos que actores, sin menoscabar con ello lo que les tocó desempeñar, aunque fuese sólo como actores de cuadro, o ni siquiera. El caso es que a ellos les correspondió, mejor que a los protagonistas, emprender la confección de historias generales de la Revolución, a diferencia de sus predecesores, cuya mayor productividad se centró en testimonios parciales que, si bien tenían como trasfondo histórico a la Revolución en su conjunto, se centraron en aquello que conocían mejor, por haber tenido participación directa en los hechos.¹ Conforme avanzaba el tiempo, la necesidad de historias generales de la Revolución, extensas o sintéticas, era evidente.

Algunos de los protagonistas habían desarrollado este ejercicio. Andrés Molina Enríquez intentó² una exégesis de “los primeros diez años de la Revolución agraria de México” a los que dedicó la quinta parte de una construcción histórica compleja que abarca la historia general de México, desde sus más remotos y profundos orígenes, hasta la década revolucionaria. El constituyente michoacano Jesús Romero Flores, más puntual que Molina, emprendió la redacción de cuatro volúmenes en los que apuntaba una historia conciliadora, aunque destacando el papel de los grupos victoriosos.³ Cae dentro de una buena

¹ El capítulo anterior da cuenta de ello.

² Andrés Molina Enríquez, *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la revolución agraria de México (de 1910 a 1920)*, 5 v., México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1932-1936.

³ Jesús Romero Flores, *Anales históricos de la Revolución Mexicana*, 4 v., México, *El Nacional*, 1939.



tipificación de historia oficial, con buena manufactura fáctica. Menos ponderado fue don Miguel Alessio Robles en la edición de lo que originalmente fue una serie de conferencias.⁴ No ocultó nunca su anticallismo, para señalar una de sus fobias. Ya próximo a morir, y al cincuentenario de la Revolución, el antiguo porfirista y colaborador del gabinete de Huerta, Jorge Vera Estañol, entregó a la editorial Porrúa una historia totalmente contraria a la versión oficial en la que cabe destacar el subtítulo: después de enunciar al sujeto “la Revolución Mexicana” lo complementa con dos palabras clave: “orígenes y resultados”.⁵ Se trata de una síntesis general del Porfiriato y una historia general de la Revolución, hasta las cercanías del momento presente, para concluir con un ensayo en el que trata de despejar la cuestión: “evolución o revolución”, eco de su convicción evolucionista, que confirma al considerar inútil la Revolución, ya que los resultados a los que se llegó no podrían diferir de los alcanzados por simple vía evolutiva. No es complaciente. Su crítica es muchas veces devastadora.

En los años en que aparece el libro de Vera Estañol, los cincuenta, el momento de equilibrio propiciado por la administración de Adolfo Ruiz Cortines, la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* había hecho presencia en la clase ilustrada del país. Fue un órgano aglutinante, que publicaba textos contestatarios, conciliadores, polémicas a partir de un texto central que podría ser un importante rescate histórico: *Los grandes problemas nacionales*, el *México bárbaro*, de Turner, o el más reciente de Tannembaum. Esto propició poner en el mapa contribuciones extranjeras contemporáneas, tanto alusivas a problemas históricos, como el importante libro de François Chévalier sobre *La formación de los grandes latifundios*, como trabajos acerca de *El ejido, única salida para México*, de Eyler N. Simpson, para sólo citar algunos. Esto le fue dando una dinámica interesante al conocimiento de la Revolución al vincularlo con el de su continuidad en el México contemporáneo. Al mismo tiempo, y desde las mismas páginas de la revista cuyo director fue Manuel Marcué Pardiñas, se cuestionaba dicha continuidad, tratando de escindir la Revolución “de entonces” con “la de ahora”, para recuperar el lenguaje crítico de Luis Cabrera, fallecido justamente en 1954, cuando acababa de ser inaugurado nuestro Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, con el licenciado Salvador Azuela a la cabeza.

⁴ Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución*, 3a. ed., México, Ediciones Bostas, 1946, 393 p. [Edición facsimilar, INHERM, 1985].

⁵ Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Editorial Porrúa, 1957, 797 p.

La mejor alternativa posible era conocer la Revolución bajo el mirador de una historia rigurosa que analizara sus principales documentos y que emprendiera una reconstrucción coherente de los hechos para proponer una síntesis. El tiempo transcurrido obligaba a que la Revolución fuera estudiada en las escuelas, como de hecho ya se venía haciendo. El problema que se palpaba es que quienes profesarían la enseñanza de la materia ya no iban a ser los supervivientes, por muy longevos que resultaran, sino jóvenes que, éstos sí, ni siquiera habían nacido cuando murió Obregón. Tema pendiente de investigar es la historia de la enseñanza de la historia de la Revolución, asunto en el cual uno de los personajes abordados en esta ponencia tendrá un papel muy importante, Manuel González Ramírez.

A lo largo de los años cincuenta se elaboran y publican, o por lo menos lo primero, trabajos que serán de una gran importancia por la recepción que tendrán, independientemente de aquello que preparaba el gobierno federal, que se desempeñaba como albacea del Estado emanado de la Revolución.

El conocimiento documental tenía que ser lo precedente. Manuel González Ramírez fue quien inició un trabajo señero en este renglón. Amparado en el Patronato de la Historia de Sonora, aunque él no fuera sonorenses, inició la publicación de cinco recopilaciones fundamentales para conocer la Revolución que publicó el Fondo de Cultura Económica: las *Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana*, que incluyen los planes políticos, los manifiestos políticos, la huelga de Cananea, la caricatura política y los *Ocho mil kilómetros en campaña*, del general Obregón, con una introducción militar excelente del general Grajales y un significativo prólogo del general Francisco L. Urquiza en el que de manera explícita alude a su antigua militancia carrancista. La conciliación en los altos niveles era un hecho.⁶ Los cinco volúmenes de González Ramírez pasan a la historia como una de las empresas editoriales más serias y responsables que se hayan emprendido acerca del conocimiento histórico de la Revolución. Prácticamente no había precedentes. Se trató de reunir, con muy buen resultado, la totalidad de los planes significativos de la Revolución, así como sus principales manifiestos y un rescate muy satisfactorio de caricaturas, con lo que se contribuía al conocimiento iconográfico de la Revolución. A este respecto cabe introducir un paréntesis. Desde 1940, la *Historia grá-*

⁶ *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*, 5 v., I. Planes políticos y otros documentos, II. La caricatura política, III. La huelga de Cananea, IV. Manifiestos políticos (1892-1912), V. Ocho mil kilómetros en campaña, prólogos de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1954-1959.

fica de la Revolución Mexicana, de Agustín Casasola, se había convertido en referencia obligada para dicho conocimiento. Sus diez fascículos encuadernados en dos tomos daban un repertorio muy amplio de imágenes de personas y hechos del otoño porfiriano a la Revolución que podían satisfacer la necesidad de conocer las imágenes captadas por la cámara. Y en este sentido, en 1950, se estrenó la edición del material cinematográfico del ingeniero Salvador Toscano editado por su hija, la escritora Carmen Toscano, con el título de *Memorias de un mexicano*, documental clásico sobre la Revolución. Cerrado el paréntesis, volvamos a los documentos dados a conocer por el licenciado González Ramírez. Las dos notas *sonorenses* de la colección la dieron Cananea, como “cuna de la Revolución” y la gran colección de partes militares de Obregón, editados originalmente en 1917, en los que se detallan los hechos de armas de los que fue protagonista y que tienen como eje al Cuerpo de Ejército del Noroeste. El ejemplo dado por esta recopilación fue fructífero. En 1962 comenzaría a aparecer la exhaustiva colección dirigida en su inicio por don Isidro Fabela⁷ y, sobre todo, la posibilidad de pasar de la memoria y la prensa periódica a la consulta documental. La Universidad Nacional Autónoma de México recibió por entonces los archivos de Gildardo Magaña, fundamentales para el zapatismo, y las colecciones cristeras organizadas por don Miguel Palomar y Vizcarra. Se pasó del trabajo con documentos que obraban en poder de particulares a su consulta potencial en repositorios públicos.

La Revolución Mexicana como materia de enseñanza fue adquiriendo carta de naturalización. González Ramírez, por mucho tiempo jefe de clases de historia en la Escuela Nacional Preparatoria, no sólo le dio un lugar en el plan de estudios de historia de México, sino que se comenzó a impartir un seminario de Revolución Mexicana, monográfico, con duración anual. En otros ámbitos, como la Normal Superior, también se le estudiaba. Un auxiliar importante para ello fue la aparición de la *Historia de la revolución mexicana* de José Mancisidor,⁸ si no la primera sí la más divulgada y aceptada versión marxista de los hechos revolucionarios. Mancisidor seguía la línea stalinista soviética preponderante en los cincuenta. Fue uno de los intelectuales mexicanos más reacios a aceptar las directrices del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, impulsadas por Kruschef, contra el culto a la

⁷ Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, 30 v., I-IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1964, V-XXX, México, Editorial Jus, 1965-1973.

⁸ José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, 10a. ed., México, Editores Mexicanos Unidos, 1959, 367 p.

personalidad. Su concepción se refleja en las páginas de su libro, que tiene el acierto de tener una buena estructura narrativa.

En su primer lustro de actividad, el INEHRM se distinguió por emprender interesantes rescates. Por una parte, inició el estudio de la Revolución en los estados de la República, tarea que entonces se perfilaba como una de las más originales, si bien sus productos adolecían del rigor profesional que ya caracterizaba a la historia escrita en el campo académico, dedicada a otras épocas. Asimismo, desarrolló el tema de la vinculación de la Revolución con trabajos sobre el teatro, como los de Armando de Maria y Campos, cuya investigación sobre el género chico se emparenta con el estudio de la caricatura.⁹ Es una de las obras más dignas de rescate. Para el año de 1960 inició la publicación de fuentes con el *Diario de los debates* del Congreso Constituyente de 1916-1917, a la que seguirían las ediciones de los debates de la XXVI Legislatura y la Soberana Convención de Aguascalientes.

En el mismo año del cincuentenario apareció la primera edición de la *Breve historia de la revolución mexicana*, en dos volúmenes, de la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, que siempre se ha caracterizado por sus enormes tirajes y, por consiguiente, por su gran aceptación.¹⁰ El librito de don Jesús Silva Herzog es sin duda uno de los más importantes que se han producido sobre el tema. Inteligentemente sólo llega hasta 1917, es decir, no se compromete con el destino de la Revolución, sino que la deja en su momento culminante de la Constitución y a cada capítulo lo complementa con una inteligente selección documental. Pronto se convirtió en la mejor alternativa para apoyo docente y su brevedad lo hizo ser aceptado por los lectores no cautivos. Sus tirajes alcanzan muchas decenas de millares.

Durante ese mismo año de 1960 apareció el primer volumen de los cuatro que integrarían *México, 50 años de revolución*, expresión con la que el lopezmateísmo celebraba su vigor nacionalista.¹¹ Todo era obra de la Revolución, nada escapaba a ella. Como buena obra colectiva, contiene material durable y material con fecha de caducidad muy anticipada. Cuarenta años después se le puede leer, de acuerdo con la frase de Carlos Monsiváis, para documentar el optimismo. De esa obra

⁹ Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1956, 439 p., y *El teatro de género dramático en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1957, 458 p.

¹⁰ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

¹¹ *México, 50 años de Revolución*, 4 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1962. El compendio en un solo volumen es de este último año.

34 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

se hizo una síntesis en un solo volumen que tuvo una amplia difusión. De los trabajos *in extenso* hay muchos rescatables.

Manuel González Ramírez pasó de la recopilación a la elaboración de su propio libro sobre la Revolución Mexicana. Se trata de *La revolución social de México. Las ideas. La violencia*, primero de una serie de tres volúmenes.¹² A primera vista se advierte que no es un dechado en materia de composición. La opción temática hace que la cronología se viole y que se repitan cosas. El lector —yo, al menos— echa de menos la integración cronológica del libro. Sin embargo, esos defectos en el orden de la arquitectónica aminoran frente a las virtudes de la investigación original en fuentes frescas y novedosas y en interpretaciones que, si bien se inclinan hacia un obregonismo muy explícito, no son ajenas a cierta lógica. González Ramírez fue un historiador de gran solidez cuya propuesta debió haber fructificado más. Tal vez su falta de integración lo alejó de convertirse en auxiliar escolar como lo fueron los libros de Mancisidor y Silva Herzog, y aun el de Vera Estañol a nivel facultativo.

“La revolución día por día” podría ser el título adecuado para la magna obra de don Alfonso Taracena: *La verdadera revolución mexicana*.¹³ El ingreso a la historiografía de la Revolución del vasconcelista más ortodoxo fue por la vía mnemotécnica con *Mi vida en el vértigo de la Revolución*.¹⁴ Pasados los años preparó esa enorme revisión cronológica que recupera los acontecimientos conforme se fueron sucediendo. Acaso exista una antinomia entre el libro de Taracena y el de González Ramírez. Ni uno ni el otro resultan ser la mejor posibilidad de narración histórica, aunque el segundo claramente se ofrece como una obra de consulta. Es un prontuario indispensable, como el de González Ramírez es una obra para la reflexión, para la discusión sobre las interpretaciones y el análisis de la continuidad y discontinuidad de los posibles procesos históricos de la Revolución.

Faltaba una obra que sin perder el rigor cronológico recuperara la coherencia de una narración que al interpretar fuera explicando los

¹² Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1966. El tomo más citado de este autor es el primero, cuyo subtítulo dice: *Las ideas. La violencia*.

¹³ Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana*, 18 v., México, Editorial Jus, 1960-1965. Abarca hasta 1932. A continuación publicó: *La revolución desvirtuada. Continuación de la verdadera revolución mexicana*, 7 v., México, Costa Amic, 1966-1976, que cubre el periodo de 1933 a 1939. También es autor de *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, 2a. ed., México, Editorial Jus, 1987, 517 p.

¹⁴ Alfonso Taracena, *Mi vida en el vértigo de la Revolución*. (*Anales sintéticos. 1900-1930*), 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1936, 715 p.

hechos. Sin duda esa misión correspondió a José C. Valadés. De los mencionados, acaso es quien para el momento de escribir su obra resultara ser el más experimentado como historiador. Aquí se deberá tener en cuenta lo obvio: ninguno de los mencionados tenía formación de historiador, aunque todos se hicieron sobre la marcha, incluso participando de las tareas académicas, como Silva Herzog y González Ramírez, además de Valadés. Cuando este último tomó la pluma para abordar la Revolución, en 1963, ya contaba con una buena bibliografía personal de respaldo, producida en poco más de veinticinco años. De la Revolución se había ocupado más cuando todavía no abandonaba su práctica periodística, con sus libros breves sobre Adolfo de la Huerta y Rafael Buelna, que tenían mucho de testimonio y entrevista, además de algo de investigación, así como en una enorme cantidad de artículos periodísticos. Ya en su madurez como historiador, emprende la confección de diez volúmenes sobre la Revolución Mexicana que arrancan con la etapa precursora y culminan en el presente, si bien de una manera ya no muy puntual. Es decir, ya no hace propiamente la historia detallada de los últimos sexenios, pero sí los aborda. Le da, pues, una continuidad al proceso, ya sin la crítica de Vera Estañol, sino con un afán más descriptivo. Valadés es rico y prolijo en información, lo cual lo hace no arredrarse ante temas muy variados de índole política, que es lo que más abarca la obra, que también se ocupa de asuntos económicos, sociales y culturales y, aun dentro de éstos, de cultura popular. Acaso su vastedad le hace perder integración histórica, ya que tiende a separar los hechos, unidos sólo por su coetaneidad. No es una obra plenamente integrada, pero es una obra que gana mucho sobre las demás. Su problema es el que fue el libro más inversamente proporcional al de Silva Herzog: su *Historia de la revolución mexicana (1963-1967)* fue publicada por primera vez en Cuernavaca, por una casa no muy profesional, lo cual hizo imposible su distribución. Más tarde apareció una edición pretenciosamente lujosa, que tampoco trascendió más allá de los especialistas o de los que compran libros para adornar paredes. Finalmente, gracias al LXXV aniversario de la Revolución, la editorial Gernika, subvencionada por el propio INEHRM, produjo una edición de gran tiraje.¹⁵ De cualquier manera, esta obra de Valadés no ha sido suficientemente conocida. De ella se hizo una versión sintética, gracias al esfuerzo de Felipe

¹⁵ José C. Valadés. *Historia general de la Revolución Mexicana*, 10 v., 3a. ed., México, SEP Cultura-Ediciones Gernika, 1985. Las ediciones anteriores son: Cuernavaca, Manuel Quesada Brandi, 1963-1967; y en 5 v., Editorial del Valle de México, 1976, en la que se señala que es corregida y aumentada.

Gálvez, que al parecer tampoco ha llegado a muchos lectores.¹⁶ Esta síntesis hace que se pierda algo de la grandilocuencia de Valadés, que es su característica de estilo más acusada, así como también su afán muralístico. John Womack expresó alguna vez que Valadés era el E. H. Carr de la Revolución Mexicana. No lo contradigo. Su esfuerzo individual fue muy grande. Sería el mayor, de no haber existido el enorme trabajo de Taracena.

No toda la producción de la época se refirió a la Revolución de manera general. También se ensayó abordarla en parcelas temporales o en aspectos. De los últimos destaca el militar, que fue la tarea que se impuso el general Miguel Ángel Sánchez Lamego. Su vasta obra no pierde de vista aquello que caracterizó, ante todo, a la Revolución, esto es, el que se trató de una serie de enfrentamientos entre ciudadanos armados y el Ejército Federal, primero, y después entre los ejércitos que se fueron formando al calor de los hechos. Su obra es de estilo parco, cercano al tipo de fuentes que manejó y que en su mayoría provenía del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como de la bibliografía pertinente. En el momento en que el general Sánchez Lamego emprendió su trabajo, no era fácil, ni para él mismo, según alguna vez comentó en público¹⁷ consultar y aprovechar los materiales del Archivo de Guerra, sin embargo, las autoridades cedieron y, gracias a ello, sus libros constituyen una aportación sólida para el conocimiento de los hechos. Sus trabajos cubren las revoluciones constitucionalista y maderista, la zapatista en el régimen de Huerta y la convencionista.¹⁸ Además, es autor de un diccionario biográfico de militares de la Revolución.

Otro autor que se ocupó de un tema particular, en la época de las generalizaciones, fue Luis Fernando Amaya C., quien hizo una investigación muy completa y bien llevada en torno a *La Soberana Conven-*

¹⁶ José C. Valadés, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, presentación de Alejandro Gálvez Cancino, México, Editorial Cambio XXI, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1993, 196 p. Don José Valadés también publicó: *La Revolución Mexicana y sus antecedentes. Historia general y completa del Porfiriato a la Revolución (1876-1984)*, México, Editorial del Valle de México, 1988, 644 p.

¹⁷ Lo hizo en el Coloquio de Historia Militar, organizado por el autor de este trabajo y llevado a cabo en las instalaciones de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán de la UNAM, en 1979. Uno de los participantes fue precisamente el general Sánchez Lamego, quien se quejó de las dificultades que la propia Secretaría de la Defensa Nacional le puso para llevar a cabo su investigación.

¹⁸ Miguel A. Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Constitucionalista*, 5 v., México, INEHRM, 1956-1960; *Historia militar de la Revolución maderista*, 3 v., México, INEHRM, 1976-1978; *Historia militar de la Revolución zapatista bajo el régimen de Huerta*, México, INEHRM, 1979, 260 p.; *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*, México, INEHRM, 1983, 210 p.

ción Revolucionaria, que no había sido tratada *in extenso* en la época desde que don Vito Alessio Robles se ocupó de ella. Ya para el mirador del cincuentenario, el tema de la Convención se podía incorporar al discurso general de la Revolución, pese a que las pasiones todavía estaban si no desencadenadas, sí al menos despiertas.¹⁹ El profesor Amaya pertenece a la generación de historiadores de la Escuela Normal Superior.

En suma, la producción historiográfica que se dio alrededor del cumplimiento de su primer medio siglo reviste una importancia que los años recientes no han sabido aquilatar. Fue una historiografía de transición entre la protagónica y la académica reciente, cuya característica central es el revisionismo.²⁰ Esta historiografía es la que aparece después de 1968 y está escrita por una generación ajena a cualquier vivencia revolucionaria. Los de la generación intermedia cumplieron con un papel importante al analizar y sintetizar hechos que habían sido abordados por las mismas personas que los vivieron. No representó, sin embargo, una reacción contraria a los primeros, en el sentido de que no polemizan con ellos, más bien los utilizan como fuente, al igual que lo hacen con documentos primarios o con la hemerografía. Algo de su memoria también está presente, ya que, como señalé al principio, todos ellos fueron contemporáneos a los acontecimientos. El menor de ellos fue González Ramírez, nacido en 1904. La nota fundamental de este conjunto de contribuciones historiográficas es que son los primeros en abordar la Revolución como historia, en el sentido de hecho acontecido, pasado, aunque no cerrado ni muerto, ya que todos de alguna manera lo proyectan al presente, desde la omisión prudente de don Jesús Silva Herzog de pasar más allá del 5 de febrero de 1917 hasta el explícitamente abierto de Valadés. Eso los hace ocultar su pesimismo frente al optimismo desbordado del régimen de Adolfo López Mateos. Hace mucha falta, desde luego, retomar su lectura, analizar cada uno de sus libros para ubicarlos dentro del rico proceso historiográfico de la Revolución Mexicana el cual, pese a referirse a hechos del último siglo, ha propiciado una de las producciones más extensas de las referidas a cualquier otro acontecimiento histórico mexicano, incluyendo la Conquista. Finalmente, ellos pusieron las bases para el desarrollo de la historiografía posterior, la cual, entre otras de sus características, no puede prescindir del diálogo con los histo-

¹⁹ Luis Fernando Amaya C., *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, Trillas, 1966, 468 p.

²⁰ Tema del capítulo siguiente.



38 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

riadores del exterior, como de manera contrastada sí sucedió con la aludida en esta ponencia, a pesar de haberse producido fuera del país una obra tan consistente e influyente en los académicos extranjeros como la de Frank Tannebaum, o la entonces reciente incursión de los soviéticos en el mismo terreno, de los cuales sobresale Rudenko. Como parte del proceso histórico que los forma, para los historiadores de la generación transitiva, la reconstrucción histórica de la Revolución sólo era asunto de mexicanos.